

La cerámica de JUANJO RUIZ DE LUNA

Ultimamente ha tenido lugar en la Galería Lorca, de Madrid, con éxito de público y crítica, la exposición de escultura y cerámica de Juanjo Ruiz de Luna. Juzguemos hoy su obra como ceramista.

No se trataba de una exhibición más en el mundillo cultural madrileño, sino de contemplar gozosamente la obra de un artista que camina rectamente a la renovación de la cerámica española.

Parece, a primera vista, que esto carezca ya de novedad, puesto que por Madrid desfilan bastantes ceramistas; unos profesionales, la mayoría artistas de otras disciplinas y aficionados a la cerámica, con ínsulas de genios y que se nombran así mismos innovadores de la milenaria alfarería. No hay tal cosa; como en tantas manifestaciones artísticas, lo que la mayoría de estos ceramistas aportan a la contemplación del público son distintas réplicas de la moderna cerámica internacional, en las que el espíritu plástico español no existe. Son vasijas y murales que igualmente se pudieran hacer —y se hacen— en Suecia, Italia, Francia, Norteamérica o cualquier otro lugar de este cada vez más pequeño mundo.

Ante las obras de Juanjo la impresión es totalmente distinta. El problema que el artista se ha planteado era bastante diferente y difícil por ser descendiente de una famosa dinastía de ceramistas; nació en Madrid, pasando su juventud junto a los hornos talaveranos —que tanta fama dieran a las artes suntuarias españolas— entre las ruedas de los viejos alfares, junto al fuego de los hornos árabes; y en esta atmósfera se impuso la misión de remozar la vieja cerámica talaverana recreada al comienzo del siglo por sus maestros y antecesores.

¿Iría Juanjo Ruiz de Luna a «fusilar» descaradamente el último figurín cerámico internacional? Esto era lo fácil, esto es lo que tantos pseudo-ceramistas están haciendo en la actualidad, pero es justamente lo que él no podía hacer, si no quería ser atormentado por los fantasmas llameantes, que allá en Talavera guardan cada rincón de la vieja y gloriosa fábrica familiar y su magnífico Museo cerámico.

Y así se repitió, una vez más, la verdad de la frase de Eugenio D'ors: «En arte lo que no es tradición es plagio». Juanjo, para hacer su cerámica, lo primero que se impuso fué el deber de trabajar con las propias arcillas que sus antepasados. Era este propósito un buen eslabón para que eso tan sutil, tan huidizo, como es el espíritu de una

solera artística no desapareciera de su obra que por otra parte tenía que ser estrictamente distinta de la creada en los mismos hornos y al mismo tiempo, pero dentro de un carácter tradicional.

Es de imaginar la extrañeza que debieron sentir en los «secadores», en los «hornos», en las «cobijas»; las vasijas, cuencos, orzas, etc., estas castizas formas con sus decoraciones «museales» en azul o en la típica paleta talaverana, cuando a su vera viesan aparecer aquellas piezas tan distintas creadas por el nieto del fundador, del patriarcal Don Juan, obras tan revolucionarias, y al mismo tiempo con un aire familiar inconfundible.

Los duendes, esos duendecillos que pululan los muros de los viejos obradores de artesanía, ¡cuantas veces al sentarse Juanjo en las «ruedas» centenarias tirarían de la «pella» para torrear la «galba» o el cuello de la orza tradicional, en vez de aquella nueva línea que Juanjo hacía surgir al rodar de la «rueda»!

Y de esta conjunción tradición-modernidad surge el arte moderno y tradicional de Juanjo Ruiz de Luna; a primera vista, posiblemente para el público «snob» que hoy visita y compra en las exposiciones, esta dualidad no existe.

¿Qué tienen de españolas estas piezas? Se preguntarán ante ellas; mas, para los visitantes sanos de espíritu, no estragados por modas y paletismos extranjerizantes, y más aún, para los viejos ceramistas, el hallazgo feliz de Juanjo será motivo de alegría al demostrar la continuidad vivificadora de sus obras.

Siempre fué la cerámica arte utilitario, como dicen ahora «funcional». Primero ha interesado el servicio que presta y luego el lujo de su decoración, que por lo mismo, por ser algo postizo se solía inspirar en las Bellas Artes contemporáneas de las que hacía una interpretación libre, a veces anárquica, como vemos en los por otros conceptos bellísimos vasos griegos.

Esto era el criterio general de la cerámica accidental y gran parte del extremo oriente, mas fueron estos ceramistas, coreanos, chinos y japoneses los que iniciaron un movimiento estético favorable a la busca de la belleza cerámica, exclusivamente en la forma y en la materia de la vasija sin aditamentos decorativos más o menos estilizados.

Hoy, estas vasijas, la mayoría en «gres» de gran fuego han sido las inspiradoras de los ceramistas de vanguardia a través de un movimiento estético-cerámico iniciado el

